De aquel sagrario se hallaban.
Suspiro que dió su nombre
A la mansión veneranda,
Donde en amor encendido
Pecho amante lo exhalara.
Pues las personas devotas
Desde aquel dia lo llaman
Sagrario de los suspiros,
Del suspiro de Rosáura.

EL PREFACIO DE LA MONJA.

Fulcite me floribus... quia amore lánguco.
Cant. II, 5.

A rezar entré una tarde
en la Iglesia solitaria
de un antiguo monasterio,
y, cuando el rezo empezaba,
percibí el eco sonoro
de una voz dulce y pausada,
que en el tono del Prefacio
así sus penas cantaba:
«Confortadme con aromas,
que me languidece el alma,
desfallecen mis sentidos,
y muero de enamorada!
Ay amor ¡Amor divino!
en tu amor todo me inflama,
á tu amor todo me incita
y de tu amor todo me habla.

Amor me dice el susurro
del céfiro, cuando pasa
por el jardin del convento,
murmurando entre las plantas.
Amor me dice el sonido
de la vibrante campana,
que en la torre de la Iglesia
cántigas nocturnas canta.
Amor ¡Amor! me repite
con dulce suspiro el aura,
cuando juguetona mueve
de mi celda la ventana.
Amor me dicen las aves
que al sol cantan la alborada;
y amor las que en noche oscura
medrosas silban y graznan.
Amor me dice la fuente
con sus murmurantes aguas;
y amor las flores del huerto
con su exquisita fragancia.
Amor me dicen los trinos
del ruiseñor, cuando canta,
dando al aire sus querellas
celosas y enamoradas.
Amor me dicen los vientos,
cuando enfurecidos braman,
tronchando pinos del bosque
en las agrestes montañas.
Amor me dicen los truenos
de la espantosa borrasca;
y amor la abundante lluvia

que la tormenta descarga.
Amor me dice la luna,
cuando en la noche callada
sobre la dormida tierra
su pálida luz derrama.
Amor me dice el silencio
de esta mansión retirada
con el rumor misterioso
de las nocturnas plegarias.
Amor me dicen los claustros,
amor los tránsitos claman,
y amor repiten los ecos
de mi celda solitaria.
Amor me dicen las rejas,
amor el coro me canta,
y amor me grita el Sagrario,
de mi Amor cárcel sagrada.
Ay Prisionero divino!
dime si mi amor te agrada,
que es para mí el no saberlo
muerte crüel é inhumana.
Pero no, ¡no me lo digas!
que me matan tus palabras;
si dices que sí, de gozo;
si que nó, de pena amarga.
Si callas, muero de angustia,
de dicha ó dolor, si me hablas;
muero de todas maneras,
y tus amores me matan.
Ay amor ¡amor divino!
enciéndeme más, y acaba

de matarme y derretirme,
poniendo fin á mis ansias.
Confórtame con aromas,
que me languidece el alma,
desfallecen mis sentidos,
y muero de enamorada.»
Aquí enmudeció la voz
que dulcemente cantaba;
y el eco repercutía,
vagando por las arcadas.
Ay Amor¡ Amor divino!
hoy tus amores me matan!
mi corazón desfallece,
y muero de enamorada!

LA AUSENCIA DEL AMADO.

Quæram quem diligit ánima mea.
Cant. III, 2.

Al pie de hermosa colina,
Entre copudas acacias
Y entre cipreses erguidos,
Solitario se levanta
Un antigüo monasterio
De religiosas descalzas,
Asilo de la inocencia.
Nido de palomas castas.
Nunca cuidados terrenos
Allí tuvieron entrada;
Jamás el pesar sañudo
Penetró sus puertas santas,
Por reinar en su recinto
La paz, la dicha y la calma.
Allí, nadando en delicias,
La fervorosa Rosáura
Vive cual ángel humano,

De su Dios enamorada:
Y Jesús, que se complace
En regalar á las almas,
Cuando amorosas le buscan,
O cuando ausente lo llaman,
Sobre su mística esposa
Místicos dones derrama,
Y con favores divinos
La consuela y la regala.
A veces cual padre amante
A su regazo la llama,
Con sus manos la acaricia
E interiormente le habla
Palabras de tal dulzura
Que ella queda embriagada.
Otras cual activo fuego
Que sin consumir abrasa,
Süavemente penetra
El corazón de Rosáura
Y, ardiendo en amor divino,
Se siente toda inflamada.
A veces cual tierno niño
Que la enamora y encanta,
Se le aparece y la mira
Con dulcísima mirada,
Y al fuego de aquellos ojos
Queda derretida el alma.
¡Qué coloquios! qué delicias
Entonces siente Rosáura!
Qué consuelos! qué dulzura!
Qué dicha tan soberana

Es la que goza así, ardiendo
En amor toda abrasada!
Mas ¡ay! que llega un momento
De amargura sobrehumana
En que el Amado la deja,
En que Jesús se le aparta;
Y para más encenderla
En el fuego que la abrasa,
Se ausenta, !oh dolor! se ausenta,
Y la deja en tristes ansias.
Al sentir el desamparo,
Temerosa y resignada,
Llorosa y enternecida
Así al Amado le habla:
«Señor; ¿y vas á esconderte
De estos ojos que te aman?
Me vas á dejar sumida
En penas las más amargas?
Dulcísimo Jesús mío!
Reposo y bien de mi alma,
Amor mio y vida mía,
No te vayas, no te vayas!»
«Qué ha de hacer sola y sin ti
La esposa que te idolatra?
Dónde volverá sus ojos
Que encuentre descanso y calma?
Quien haya sentido el fuego
De tu divina mirada.
¿Qué verá ya que le agrade
En este valle de lágrimas?
Y te vas, y me abandonas?

Te vas y me desamparas?
Ay Amor de mis amores,
No te vayas! no te vayas!
«Yéndote tú, Amado mío,
El alma de ti privada
¿Como es posible que viva
Si tú, su vida, le faltas?
Ay vida del alma mia!
No me dejes desolada!
Ay amado Esposo mío!
No te ausentes! no te vayas!»
Pero Jesús no la atiende:
Y como luz que se apaga,
O como sol que se esconde
Tras jigantescas montañas,
Así se desaparece,
Dejando en tiniebla al alma.
!Oh qué suspiros tan hondos
Exhala entonces Rosáura!
Qué soledad la rodea!
Qué amargura la embriaga!
Mira la naturaleza
Y la ve triste y sin gracia:
Para ella el día es noche
Sombría y encapotada;
No tiene arrebol la tarde,
Ni bella luz la mañana,
Ni melodía las aves,
Ni los jardines fragancias,
Ni murmullo los arroyos,
Ni el prado flores lozanas.

Ya no le encuentra embeleso
Ni á la selva solitaria,
Ni al arrullo de la tórtola
Ni al cimbreo de las palmas,
Ni á las márgenes del río,
Ni á sus trasparentes aguas,
Ni al verde oscuro del campo,
Ni á las flores ni á las plantas;
Todo le fastidia, todo!
Y nada le alegra, nada!
Sumida en un mar de penas,
El paso dirige tarda
Hácia el jardin del convento
En busca de Aquel que ama;
Y viendo que no lo encuentra,
Así suspira con ansia:
«¿En dónde te has escondido,
Dulce Jesús de mi alma?
¿A dónde estás que no siento
Tu presencia regalada?
Arboles que alzáis airosos
Al cielo las verdes ramas,
¿Ha pasado por aquí
El Amado de mi alma?
Avecillas que trinando,
A Dios cantáis alabanzas,
¿Habéis visto por ventura
Al objeto de mis ansias?
Sol, que desde el alto cielo,
Sobre el mundo luz derramas
¿Sabes dónde se ha ocultado

El que mi pecho idolatra?
Angeles que estáis gozando
Su presencia regalada,
Llevad, llevad á mi Amado
Los suspiros de mi alma.
«Amado mío y Rey mío,
Sin tí la vida es pesada,
Sin tí me es insoportable
De mi existencia la carga:
¿Cuándo volverás, Dios mío,
A visitar á tu esclava?
Sabrosas me son las penas,
Señor, si tú me las mandas;
Pero tu ausencia, Bien mío,
Me crucifica y acaba.
¿Qué quieres con cruz tan grande?
¿Que viva crucificada?
Pues, Amor de mis amores,
Dulce imán de mi esperanza,
Dueño mío y gloria mía,
Que tu voluntad se haga!»

DESVELOS DE AMOR DIVINO.

Ego dormio, et cor meum vigilat.
Cant. V, 2.

«¡Qué en vano! qué en vano el sueño,
Sobre el corazón que late,
Herido de amor divino
Plácido intenta posarse!
¡Qué en vano! qué en vano intenta
Hacer paz con mis afanes,
Y adormecer las potencias
Que en fuego celestial arden!
!Oh, qué mal se posa el sueño
Sobre los ojos que abre
Tu amor ¡Jesús de mi vida!
Oh, qué mal cerrarlos sabe!
Son las doce de la noche:
El mundo en silencio yace,
Y en pacífico letargo
Durmiendo están los mortales.
Sola yo velo, ¡Amor mío!
Sola yo velo anhelante,

Ocupada en tu memoria
Que consuela mis pesares.
Y desde mi pobre lecho
Sin dormir ni un solo instante,
Enamorada mi alma
Va al Sagrario á visitarte.
¿Por qué no iré con el cuerpo,
Si tu corazón amante
Yo siento, sin saber cómo,
Que no cesa de llamarme?
No más pereza, ¡Bien mío!
¡No más! voy á levantarme;
Voy donde tu amor me llama
A contemplar tus bondades.»
Esto dijo desvelada
Sor Rosaura, y al instante,
Dejando la dura cama,
Bajó al pié de los altares.
En la iglesia del convento
Por ventanas ojivales,
La pálida luna entraba
Al interior de la nave.
Todo era paz y silencio;
Todo soledad amable
Que á la oración convidaba
Libre ya el alma de afanes.
Ante el Sagrario se postra
Humilde, y con tiernos ayes
En plegarias y suspiros
Ardiente allí se deshace
«¡Qué dicha, Jesús! decía,

¡Qué dicha habrá comparable
A la de ser de tí amada
Y como esposa adorarte!
!Oh qué de gozos y bienes
Al alma tu amor le trae!
!Qué embeleso, qué dulzura,
Qué encantos tan inefables!
¿Oh! si un príncipe terreno
Cruel quisiera obligarme
A que aceptara su mano
O á qué dejara de amarte,
Qué ufana la despreciara
Por tí! por serte constante!
Pues, ¿con tu amor comparadas
Cien mil coronas, ¿qué valen?
¡Nada, nada, Vida mía,
Nada, nada es comparable
A tus divinos consuelos,
A tus gracias celestiales!
!Oh, qué deleites tan puros,
Qué dulzura tan süave
Experimenta mi pecho
Cuando tu amor en él arde!
Que esos rayos encendidos
Que de tu corazón salen,
Den pábulo á mi ternura,
Al mío en tu amor inflamen.
Y en solícito desvelo
De tu lado no se aparte,
Ni de tu alma mi alma,
Ni de mi mente tu imagen.

¡Oh, si siempre la tuviera!
¡Oh, si siempre te adorase!
¡Oh cuanto amarte quisiera!
¡Oh cuánto quisiera amarte!
No lo ignoras tú, ¡Bien mío!
No lo ignoras tú, que sabes
De mi corazón las ansias
Y cuán fino ahora me late.
Tu conoces sus finezas;
Tu ves que vela incesante;
Que no duerme, que á tu lado
La guardia de honor te hace.
Tu ves mis tiernos suspiros,
Las vigilias que constante
Paso aquí, y el tierno lloro
Que del corazón me sale.
Este insomnio que padezco,
Este aquí presente hablarte,
Y en tus delicias perderme,
Y en tu amor embriagarme.
¡Oh, Jesús ¡oh si pudiera
Mi corazón palpitante
Del tuyo ser el Sagrario
Y aquí en mi pecho encerrarte!
¡Oh quién lograra tal dicha!
¡Oh Jesús, si la lograse!
Mas ¡ay! el temblor me agita,
Me agita por todas partes.
¡Ven, Jesús, que desfallezco,
Conforta este pecho amante!
Y haz que el delirio que siento,

Plácido tu amor lo calme.
Calmalo tú, porque en vano
Sobre el corazón que late,
Herido de amor divino
El sueño intenta posarse.»
Esto Rosaura decía,
Mientras el sueño süave
Se apodera de sus ojos
Que comienzan á cerrarse.
Y en su dormir parecia
La esposa de los Cantares
Que amorosa suspiraba
Esta entrecortada frase:
¡Ay Jesús! ¡Ay vida mia!
Aunque duerma, aunque descanse,
Vela por tí, por tí vela,
Mi corazón siempre amante.

LA ORACION DE UN LEGO.

Ante te omne desiderium meum.
Psl. XXXVII, 10.

Era una tarde de Agosto,
Tarde en que celebra el cielo
De su Reina inmaculada
El felíz coronamiento;
Y sentado bajo un arbol
De su monástico huerto,
Esto dijo, suspirando,
Un devoto hermano lego:
«Volad, pensamientos míos,
Volad con rápido vuelo
Por la región azulada
De los espacios inmensos.
Atravesad de las nubes
El turbio y dorado seno,
Y espaciaos por las alturas
Del hermoso firmamento.
Dejad atrás la osadía

Y el majestuoso vuelo
Del águila que se eleva
Por la región de los vientos:
De esa reina de las aves
Que desdeña el valle ameno,
La cúspide de los montes,
La inmensidad del desierto,
Y batiendo hermosas alas
Sube al anchuroso cielo
A mirar al sol, posada
Sobre nubarrones densos.
Volad así presurosos,
Volad, volad, pensamientos,
Y á María Inmaculada
Decidle que de amor muero.
No detengáis la carrera,
En ese estrellado cielo,
Donde giran velozmente
Cien mil planetas diversos;
No os pareis á contemplar
Los más brillantes luceros,
Ni la estrella matutina,
Del alba hermoso ornamento;
Síno volad afanosos
En alas del flúido eléctrico,
Y hasta ver á mi adorada
No detengáis vuestro vuelo.
Cuando lleguéis á dar vista
Al tan suspirado Empireo,
Y veáis la ciudad santa
De todos los mundos centro;

Cuando sintáis la fragancia
De aquellos campos amenos
Y la envidiable frescura
De los collados eternos;
Al cruzar las arboledas
De aquel peregrino suelo
Y ver los dorados frutos
Mecidos por blandos cefiros;
Al percibir la armonía
Y embelesantes gorjeos
De las aves que allí cantan
En melodiosos conciertos:
Por Dios! que no os detengáis,
Sino volad, pensamientos,
Y decid á mi Adorada
Que por verla de amor muero.
Llegad, llegad á la Corte
Del gran Rey del universo,
A la Sión celestial,
Donde tengo mis afectos:
Llegad, llegad presurosos
Al Alcázar sempiterno,
Donde entre vírgenes puras
Mora la Madre del Verbo:
Entrad en aquella estancia
Por los caminos secretos
Por do entran los suspiros
Que van de la tierra al cielo.
Y humildemente postrados
Con religioso respeto
Ante el trono candoroso

Donde ella toma asiento;
Decidle á la Inmaculada,
Decidle á la luz del Cielo,
Decidle á mi dulce Madre
Con amorosos acentos:
Inmaculada María,
Madre del Divino Vervo,
Refugio de pecadores,
Del afligido consuelo:
A tí, Señora, venimos
Desde el arído desierto
Donde viven los mortales
Desterrados de este reino;
Desde la gloriosa España
A cuyo envidiable suelo
Tus plantas santificaron
En las orillas del Ebro;
De aquella tierra bendita
Do tus hijos predilectos,
Al recordar tus favores,
Se anegan en llanto tierno;
De España, donde Tú tienes
Una iglesia en cada pueblo,
Un amante en cada alma
Y un altar en cada pecho;
De allí, Señora, venimos
A ser fieles mensajeros
De un alma que por tu amor
Queda llorando y gimiendo.
Es el alma... Tú lo sabes.
Es el alma de aquel siervo

Que ha consagrado á tu amor
Su corazón todo entero.
Velo, cual llora en la huerta
De aquel su amado covento:
Mira como de sus ojos
Las lagrimas van cayendo.
Ese llanto lo producen,
Oh María los recuerdos
De los favores y gracias
Que le hiciste en otro tiempo.
Por ellos agradecido
Nos envía á tí diciendo:
Decid, decid á mi Madre
Que por verla de amor muero.
Decid que encienda mi alma,
Decid que abrase mi pecho
De su purisímo amor
En el ardoroso fuego.
Decidle que una mirada
De aquellos ojos serenos
Dirija de vez en cuando
Sobre aqueste pobre lego.
Decidle que quiero amarla,
Decidle que verla quiero,
Decidle que no me olvide,
Que con eso me contento.
Hablad así á mi Madre;
Habladle así, pensamientos,
Y después de haberle hablado,
Ay de mí¡ . . . ¡Ay! atreveos:
Llegad amorosamente,

Depositad tierno beso
En aquella mano augusta
Que tantos bienes me ha hecho
Y sin aguardar respuesta,
Volved, volved, pensamientos,
Que á mí me basta que sepa
Que por ella de amor muero.»
Esto dijo suspirando
El devoto hermano lego,
Sentado bajo de un árbol
En la huerta del convento.
Era una tarde de Agosto,
Tarde en que celebra el cielo
De su Reina inmaculada
El feliz coronamiento.